

LA VIOLENCIA Y SUS MONSTRUOS ¹

The violence and its monsters

Brayan Daviam Solarte Pantoja^{2 3}

bsolartep@uelbosque.edu.co

Resumen

Este es el relato desde dos perspectivas de un conflicto. Por un lado, está el del campesino y por otro el del uniformado guerrillero. Ambos tienen una visión del otro, producto de la violencia que viven y por la cual no se reconocen el uno al otro como sujetos o personas sino como animales o monstruos que deben odiar y hasta eliminar.

Palabras claves

Sujeto, monstruos, conflicto, reconocimiento.

Abstract

This tale is based on two perspectives of a conflict. On the one hand, there is the farmer and, on the other, that of the uniformed guerrilla. Both have a vision of the other product of the violence they live through, by which they do not recognize each other as subjects or persons but as animals or monsters that they must hate and even eliminate.

Keywords

Subject, monster, conflict, recognition.

¹ Recibido: 10 de junio 2020. Aceptado: 27 de junio 2020.

² Estudiante de Filosofía de la Universidad el Bosque.

³ Bogotá, Colombia.

1. La violencia y sus monstruos

Han pasado años, meses, días, horas, minutos y segundos. Han pasado huellas, balas y sangre. Muchas cosas han pasado por aquí, muchos han pasado por aquí. Yo he logrado ver los ríos cambiar de color, las noches iluminarse con las estrellas y las montañas llenarse de vándalos. Miles de palabras han llegado a mis oídos, entre ellas unas positivas, otras de miedo, pero también las hay de la peor clase, aquellas que buscaban quitarme lo único que no se le puede devolver a una persona, el hecho de ser sujeto.

“La vergüenza o el orgullo me revelan la mirada del prójimo, y a mí mismo en el extremo de esa mirada; me hacen vivir no conocer, la situación de mirado. Pero la vergüenza (...) es vergüenza desí, es reconocimiento de que efectivamente soy ese objeto que otro mira y juzga”
(Sartre, 166)

Es septiembre, como cada año llegan aquellos uniformados, pasan por la calle principal a eso del mediodía, siempre en fila y amenazantes, sin importar si hay sol o lluvia, si hay fiestas o no. Ellos son la ley y su palabra nos gobierna a todos. —Otra vez ellos aquí, parece que es lo único cumplido en este país— dijo Alberto mientras acomodábamos las sillas en el patio.

—No se le haga raro compadre, aquí lo único organizado es el crimen— dije mientras me sentaba. Uno de los uniformados nos escuchó y salió de la fila solo para interrumpirnos.

— Ustedes son unos perros hijueputas malagradecidos, nuestra causa son el pueblo, son ustedes. Luchamos así sea por unos cobardes como ustedes- dijo furiosamente, todo mientras agarraba su fusil con firmeza, tal vez quería eliminarnos ahí, como si no fuéramos personas, para él solo somos unos perros estúpidos. El día transcurrió sin ningún otro inconveniente, tal como llegaron se fueron, solo bajaron por las vacunas y alimentos, bien que nos llamó aquel muchacho perros pero los animales de monte son ellos, viven en lo alto de la montaña y solo bajan a robar nuestra comida y para alimentarse de nosotros cual parásitos.

Este pueblo cada día se siente más vacío, muchos se han marchado buscando mejores oportunidades. Otros se los ha llevado la gloria de Dios, muchos de ellos daban calor a esta casa, antes sí era un hogar, hoy solo es mi lugar de muerte.

“el racista crea al inferiorizado”
(Fanon, 99)

Encendí la radio, pasaban las noticias relevantes así como unos anuncios y de vez en cuando algunas canciones para amenizar aquellas noticias que de lo único que hablaban es de las masacres cometidas por esos parásitos, siempre dan la advertencia de tener cuidado con ellos y que ayudarlos es un crimen contra el estado, pero quién los ayudaría a ellos no son seres humanos, son unos monstruos disfrazados, aunque qué se puede esperar de unos malditos indios salvajes que solo conocen el monte. Son violentos, está en su naturaleza serlo, ellos no piensan, solo sienten odio y por el odio es que actúan por eso son tan crueles, es que ninguno se salva, todo lo quieren regalado y salen con el cuento de que luchan por el pueblo, ellos no conocen lo que es ser parte de la sociedad, de la civilización. A veces es mejor darles cacería a esos animales de monte, no se merecen más. Muchos de esos indios animales han matado buenos hombres de este pueblo, hombres que sufrieron al estar en el lugar que no debían, hombres que no tenían miedo de decirte a esos malditos toda la verdad. Por eso debemos eliminarlos, son carroñeros esperando y rezando por nuestra muerte desde lo alto del monte. Ya no tengo la fuerza para enfrentarme a ellos, pero aún tengo guardadas algunas balas con sus nombres. Después de todo, ellos me han quitado lo mío, mi familia, mis tierras. Lo igual es quitarles la vida.

Mientras pensaba en esto, escuché que alguien golpeaba fuertemente la puerta, pensé que era el compadre que venía con noticias nuevas del corregimiento, así que apagué la radio y me dirigí a abrirle.

“Y en una sociedad que se niega a ver a los combatientes como iguales; donde se niega que haya guerra, donde unos mueren asesinados y otros mueren dados de baja, donde los soldados pobres son sacrificados como patriotas y los rebeldes pobres son sacrificados como monstruos, no hay manera de exigirles a los enemigos que se comporten como héroes homéricos.”

(Ospina, 132)

La noche cae, parece que esta será una noche nublada y pesada. Ya hace muchos años que conozco el espesor de las montañas, desde niño las recorrí, pero cuando mis padres fueron asesinados fue cuando realmente comencé a sentir el monte como mi refugio, ya ha pasado tiempo desde aquel entonces, pero aún la rabia me consume cuando las imágenes de mis viejos llegan a mi mente, rodeados de charcos, amarrados y tratados como cerdos que sacrificar más no como sujetos.

—Alístese, mañana bajamos al pueblo. Vamos por las ayudas, ya no nos quedan alimentos y es hora de visitarlos y demostrarles que aún seguimos en la lucha —dijo el comandante, mientras encendía un cigarrillo.

— ¡Señor, sí señor!- contesté e inmediatamente me puse de pie. Como cada mañana, mientras estábamos desayunando, el comandante comenzó a hablar sobre nuestra lucha, a hablarnos de por qué debemos seguir aquí en resistencia.

—Señores, la historia nos dará la razón. Cada día de lucha es un paso a terminar con la opresión. Somos aquellos obreros que queremos el cambio, sufrimos por nuestros hermanos caídos y por las malditas gallinas que se rinden ante el poder de los ricos. Ellos no saben pensar por sí mismos, viven felices en la ignorancia, creen en las palabras de los poderosos, pero para ellos no son más que carne de cañón que envían a esta guerra, esos solo nos ven como monstruos. Pero señores, nosotros tenemos un propósito, nosotros conocemos el camino a seguir. — Al finalizar el discurso, todos comenzaron golpear la mesa al son de las palabras: ¡viva la revolución!

El momento llegó, todos listos y en fila comenzamos a bajar al pueblo, nadie habla, solo se puede escuchar los pasos firmes y el sonido de los fusiles rebotando. Al entrar al pueblo escuché a dos viejos hablar, como siempre nos miraban con desprecio, escuchar que nos llamaban criminales. Perros hijueputas son unos cobardes que no ven el valor de nuestras vidas, pensé. Salí de la fila y me acerque a ellos con la ira encendida y empuñando mi fusil, después de hablarles noté algo... el más viejo era el desgraciado animal que mató a mis viejos. La ira me consume, aprieto el fusil con todas mis fuerzas, quiero matarlo, debo matar a ese animal, pero a lo lejos escucho la voz del comandante, debo volver a la fila, lo hago furioso pero primero es la causa y después la venganza... ese perro me las va a pagar.

Estoy frente a su puerta, oigo su voz desde el otro lado preguntado por quién está llamando, me mantengo en silencio. Estoy sin mi uniforme, tengo unos jeans y una camiseta, lo que haré no va en nombre de la revolución, solo de la venganza, esto simplemente es una cacería que por fin lograré concretar. Él abre la puerta, al verme queda inmóvil, pero con una postura amenazante y segura. El maldito animal tiene orgullo, fue lo que pensé mientras lo empujaba al interior de su casa, cerré la puerta y le comencé a preguntar:

— ¿Hay alguien más aquí? —Lo agarré de la camisa con todas mis fuerzas.

—Nadie más, todos los que he querido hace mucho me dejaron por culpa del miedo que les tienen a su grupo de animales de monte —dijo mientras me agarraba del brazo y me escupía.

— ¿Sabés quién soy? Mataste a mi familia hace mucho tiempo maldito perro, ¿y aun así venís a hablar de animales? Te voy a matar como la basura que sos, no te merecés la muerte como una persona, vos sos el monstruo, no sos ni siquiera comparable con los animales. Hoy te mueres- con mi mano libre saque la pistola que guardaba, por fin le daría caza al maldito ser que me arrebató todo.

—Todos ustedes son unos malditos salvajes, —dijo, mientras reía

—llevan la violencia en la sangre. Me culpan a mí pero fueron ustedes, manada de indios que nos masacran, yo solo estaba limpiando las montañas de las alimañas y los monstruos que nos acechaban —dejo de reír y solo tenía en su rostro esa mirada retadora, sin ningún arrepentimiento.

— ¿Monstruo? lo mismo pienso de vos, ya nos veremos en el infierno. —Apreté el gatillo, todas las balas fueron a su cara, quedó totalmente desfigurado.

2. Referencias

Ospina, William. *Pa que se acabe la vaina*. Bogotá: Planeta Ediciones, 2013. Print.

Fanón, Frantz. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal, 2009. Print.

Sartre, Jean Paul. *El ser y la nada*. Buenos Aires: Iberoamericana, 1954. Print. *Rossana. los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos y sus conjuros*. Bogotá: Editorial pontificia Universidad Javeriana, 2006. Print.

Honneth, Axel. *La lucha por el reconocimiento*. Trad. Manuel Valles-tero. Barcelona: 1997. Print.